

de origen alemán, la influencia de raza y la del protestantismo contrabalanceó aquella afición. La Francia era latina por su civilización, por su cultura y su genio, razón por la cual la Reforma, nacida en Alemania no ha hecho nunca en Francia profundas raíces; Francia se entregó por entero al culto de los antiguos. Citarémos un curioso testimonio de esa idolatría: los adoradores de la Virgen y de los santos no serían más supersticiosos. Balzac representa en el siglo XVII á la antigüedad como el paraíso de la cultura intelectual y moral: "Confesémoslo, dice: las grandes larguezas de Dios fueron hechas al principio, y aún cuando su brazo no sea hoy más corto que era ántes, sus manos no están tan abiertas como estaban. Además del derecho de primogenitura que tiene la antigüedad con respecto á los modernos tiempos, tiene además otras ventajas que han desaparecido con ella y que no se encuentran en su sucesión: *two virtues de que nuestro siglo no es capaz. No es ya para nosotros el hacer Camilos y Catones: no tenemos la fuerza de aquellas gentes, las cuales, en vez de excitar nuestro valor, desesperan nuestra ambición.*"

Los antiguos son, pues, una raza aparte, privilegiada entre todas. Causa extrañeza oír un lenguaje semejante en medio de un siglo celebrado como la edad de oro del catolicismo francés. ¿No probaría eso que la religión sólo estaba en la superficie? Las gentes de letras adoraban más á la Grecia y á Roma que á Jesucristo. Hablamos de adoración; la palabra es de Balzac: "Adoramos á esos grandes muertos y llevamos nuestro incienso allá donde se buscan sus templos... Es necesario adorar sus reliquias... Sería una satisfacción sin igual la de saber las cosas que se decían entre sí Scipión y Lelio Atico y Cicerón, así como las demás buenas gentes de cada siglo. Nacidos en el imperio, alimentados con los triunfos, habiendo visto desde su infancia reyes cautivos arrastrados por las calles, otros pretendientes en actitud suplicante, no podían conservar en sus ánimos nada que fuese vil, emocionados y purificados como estaban con semejantes espectáculos. *La hez misma de semejante pueblo era preciosa.*"

Hombres tan privilegiados no podían producir más que obras maestras: "No será posible, dice Balzac, que vuestro entendimiento encuentre nada malo, ni siquiera medianamente bueno en todo aquello que procede de la buena antigüedad. Hé

aquí uno de nuestros dogmas en el cual he confesado desde hace mucho tiempo; es una especie de sacrilegio el no amar lo bastante á los antiguos... No digamos que ellos se extraviaron, digamos que nosotros no podemos seguirlos; que las águilas vuelan demasiado alto y que los hombres las pierden de vista." No hay un átomo cristiano en esas palabras, y sería ridículo pedir á Balzac un sentimiento cualquiera de los de la Edad Media, la edad católica por excelencia; para él, esa época es de *barbarie*, y durante ella no reinaba más que una *noche oscura*. Por eso celebra á los protectores de las letras, á los Médicis y á los Valois, "los cuales fueron enviados por la divinidad para arrojar á los Bárbaros y para poner de manifiesto la luz de la antigüedad," (1).

Balzac no es una figura singular, un devoto del Renacimiento, resucitado en el siglo XVII, sino que es el órgano de los sentimientos generales de la nación; lo único que es suyo es la afectación. ¿Qué efecto debía producir en los hombres de letras aquel fanatismo por los antiguos y especialmente por Roma? Llegarse á hacer ciudadanos de la Ciudad Eterna. En el siglo XVII, los padres jesuitas publicaron una historia de Roma en veinte tomos en cuarto. Según ellos, es una historia nacional, y ven en los Franceses un pueblo ingertado sobre el patrón del pueblo romano, ni más ni menos que el Tártaro sobre el Chino: "La lengua misma, dicen, que hablamos hoy después de trece siglos no es más que una degradación de la suya. En la misma fuente hemos tomado también nuestras artes, nuestras ciencias, nuestras costumbres, leyes, jurisprudencia, régimen político, administración de nuestras rentas, nuestra disciplina militar, nuestra táctica, y no hemos dejado de ser Bárbaros sino á medida que nos hacíamos Romanos. Si en el día aspiramos á ser sus émulo, deudores somos de nuestras pretensiones á sus enseñanzas, á sus ejemplos y á nuestras relaciones íntimas con ellos. Nuestros más grandes hombres en todos los ramos son aquellos que mejor les conocieron y les han copiado," (2).

Esas exageraciones de erudito tienen un fondo de verdad. Los Franceses son realmente el pueblo

(1) BALZAC, Prefacio del *Sócrates cristiano* y el *Príncipe*, capítulo XII y XIII.

(2) ROULLÉ, CATROU y ROTHE, jesuitas, *Historia romana*, tomo XXI, Prefacio, p. 21.

más romano del mundo moderno. Lo que hay de funesto en ello es que vieron un ideal en la libertad de Roma lo mismo que en su literatura. En el siglo XVIII, en que tanto se desdeñó á lo pasado, la admiración por los antiguos subsistió al lado del desprecio de la Edad Media. Voltaire escribe á la duquesa del Maine: "Á nosotros nos toca, señora, el conservar las ráfagas que aún quedan entre nosotros de aquella preciosa luz que los antiguos nos transmitieron; *todo se lo debemos.*" Cuanto más se maldice la edad cristiana, tanto más se acerca á la antigüedad: "El sacerdote de la Edad Media, dice Helvetius, se apoderó de la autoridad, y para conservarla desacreditó la verdadera gloria y la verdadera virtud, y no permitió ya que se honraran los nombres de Minos, de Codro, de Licurgo, de Aristides, de Timoleón... ¡Oh venerables teólogos! ¡Oh brutos!..." (1). D'Hölbach es también otro fanático por la antigüedad, y defiende su fanatismo contra los detractores de los antiguos: "No tratemos de insensato el entusiasmo de esos genios grandes y bienhechores que nos han curado de nuestras preocupaciones. Derramemos lágrimas sobre las urnas de los Sócrates y Fociones, y lavemos con ellas la mancha que su suplicio ha echado sobre el género humano... Adoremos las virtudes de los Titos, de los Trajanos, de los Antoninos y Juliános," (2).

En la predilección por los antiguos había un fondo de oposición al cristianismo, pero también había una influencia de raza y de tradición. Hé aquí por qué los Franceses siguieron siendo Romanos durante la Revolución y después que los acontecimientos del 89 y del 93 trastornaron la Francia de arriba abajo. El amor de la nación á la civilización latina dura hoy todavía; en vano se la dice que son los pueblos germanos los que la han libertado del despotismo del imperio, y en vano publicistas é historiadores demuestran que los hombres del Norte nos han traído el genio de libertad: los Franceses son siempre de la opinión del pueblo rey y tratan de bárbaros á los vencedores de Roma; deploran la invasión, maldicen el feudalismo, ensalzan el Renacimiento y atribuyen al elemento romano todo cuanto grande y bello hay en la Europa moderna. Citarémos una prueba

tan importante como curiosa de esa ciega admiración por las cosas romanas, la autoridad de un sabio académico: "Corrompidos y todo como eran los Romanos, dice Guerard, valían más que sus enemigos, pueblos feroces que iban ganándolo todo al ser subyugados por Roma; azotes del Occidente, no trajeron nada bueno á los pueblos vencidos, ni siquiera el espíritu de libertad. Ya en sus bosques, los Germanos, lejos de complacerse con una fiera independencia, se apresuraban á ponerse bajo la dependencia de un jefe... De esas relaciones nació después de la conquista el vasallaje y el feudalismo con sus distinciones degradantes. Recien salidos de los bosques los Bárbaros, ¿qué otra cosa podían traer más que la barbarie? ¿Cuándo volvió á principiar la civilización? Cuando después de la larga decadencia resultado de la invasión, rechazaron insensiblemente los pueblos todo lo que tenían de germánico," (1).

En el siglo XVIII repudió la Francia su pasado cristiano y en el XIX repudia la sangre bárbara que corre por sus venas. ¿Qué es lo que la queda? El elemento romano: prueba de que hay un enlace profundo entre la civilización francesa y la civilización latina. Y como la idea que los Griegos y los Romanos se habían formado de la libertad era un fruto del genio antiguo, alimentándose los Franceses con las mismas ideas y sentimientos debían llegar á las mismas doctrinas sociales. Y así se verificó entre los filósofos del siglo XVIII. Conocida es la admiración de Rousseau por los antiguos, y sobre todo por Esparta y Roma. Y ¿qué es lo que admiraba en los Espartanos y en los Romanos? No eran las bellas letras; apenas si se las cultivaba en Roma y mucho menos en Esparta: Rousseau, digno sectario de Licurgo, profesaba un soberbio desden á la literatura y á la filosofía; el que merece todas sus simpatías es el legislador espartano, y trata de sublime su institución porque cree encontrar en ella su doctrina de la soberanía. La libertad, tal como los antiguos la entendían, es la que le seduce, y, según él, aquella libertad es la que ha elevado á los antiguos por cima de la naturaleza humana. "Cuando se lee la historia antigua, se cree uno transportado á otro universo y

(1) GUERARD, *Política de Irminon*, t. I, p. 199 y sig. 275 y siguientes.—*Biblioteca de la escuela de Chartres*, serie segunda, tomo IV, p. 278.

(1) HELVETIUS, *del Hombre*, sección I, c. IX.

(2) *Sistema de la naturaleza*, t. I, p. 298.

entre otros seres. ¿Qué tienen de común los Franceses, los Ingleses y los Rusos con los Romanos y los Griegos? Casi nada más que la figura. Las almas fuertes de aquéllos les parecen á las nuestras exageraciones de la historia: al sentirnos tan pequeños, no podemos pensar que haya habido hombres tan grandes. Existieron, sin embargo, y eran hombres como nosotros. ¿Qué es lo que nos impide á nosotros el serlo como ellos? Nuestras preocupaciones, nuestra menguada filosofía y las pasiones del pequeño interés concentradas con el egoísmo en todos los corazones, á la sombra de instituciones deleznable que el genio no inspiró seguramente, (1).

¿Cuál fué el espíritu de las instituciones de Licurgo? Rousseau nos lo dice: veamos si era la libertad. "Licurgo emprendió la reconstitución de un pueblo ya degradado por la servidumbre y por los vicios que son su consecuencia. *A ese pueblo le impuso un yugo de hierro y tal como ningún otro sufrió jamás; pero le ató, le identificó, por decirlo así, á ese yugo, le mostró incesantemente la patria en sus leyes, en sus juegos, en sus amores, en sus festejos; no le dejó un instante de reposo para que estuviese consigo solo, y de esa continua coacción nació en él aquel ardiente amor á la patria que fué siempre la más fuerte, ó, mejor dicho, la única pasión de los Espartanos, de los cuales hizo seres superiores á la humanidad.*" Á ese título, los frailes, y los jesuitas sobre todo, serían también seres superiores á la humanidad, porque su institución es la de Licurgo. Convengamos que si son más que hombres, también son menos que hombres, puesto que han dejado de ser libres para ser máquinas.

Rousseau, sin embargo, es entusiasta de la libertad, pero su libertad no es más que la igualdad y la soberanía; quiere trasplantar ese ideal entre los pueblos modernos, para lo cual es necesario, naturalmente, que se hagan antiguos. ¿Qué quiere decir esto? Los antiguos no sabían lo que era la existencia individual, mientras que los pueblos modernos todo lo refieren á su individualidad. Rousseau quiere, como los antiguos, "que los hombres se ejerciten á no considerar su individualidad más que por sus relaciones con el cuerpo del Estado,

de cuya existencia hace una parte la de cada uno de ellos; de esa manera llegarán á identificarse con aquel gran todo, á reconocerse miembros de la patria, á amarla con ese exquisito sentimiento que el hombre aislado no tiene más que para sí mismo, y á trasformar de esta manera en una virtud sublime esa disposición peligrosa de donde nacen todos nuestros vicios," (1). El egoísmo es, seguramente, la raíz de todo mal; pero el individualismo no es el egoísmo; al contrario, es el principio de nuestro desarrollo, de nuestra fuerza, de nuestra libertad. En la doctrina de los antiguos, que Rousseau admira tanto, el hombre venía á ser el diente de una rueda; no le quedaba ninguna libertad de acción, ni siquiera la libertad interior. Rousseau llegó á las mismas conclusiones y excesos, como lo diremos más adelante (a).

Se acusa á Mably de haber sobrepujado á Rousseau, como hacen de ordinario los medianos discípulos, que exageran los defectos de un maestro de genio. Si se le hubiera dejado hacer, Mably hubiera sometido á la Francia al régimen de la salsa negra, y hubiera enseñado á las mujeres la carga en once voces. Cierto es que Mably es un Espartano de pura raza; según él, Licurgo es el más grande de los hombres: un Dios, dice, dictó sus leyes: "¿Qué sociedad ofreció nunca á la razón un espectáculo tan noble y tan sublime como Lacedemonia? Durante seiscientos años las leyes de Licurgo, las más sabias que se hayan dado á los hombres, fueron observadas con la fidelidad más religiosa. ¿Qué pueblo tan consagrado á las virtudes como el Espartano dió jamás ejemplos tan grandes y tan repetidos de moderación, de paciencia, de valor, de magnanimidad, de templanza, de justicia, de desprecio á las riquezas y de amor á la libertad y á la patria? Al leer su historia nos sentimos enardecidos; y si conservamos aún en el pecho algún germen de virtud, nuestra alma se eleva y pugna por franquear los límites estrechos dentro de los que la retiene la corrupción de nuestro siglo," (2). La libertad figura siempre en los cuadros fantásticos que los admiradores de Esparta hacen de sus ins-

(1) ROUSSEAU, *Discurso sobre la economía política*.

(a) Si el individualismo no es el egoísmo, es innegable que conduce á él cuando aquel principio se exagera y se le hace poco menos que exclusivo, como le hace Laurent.—(N. del T.)

(2) MABLY, *del Estudio de la historia*, parte tercera, c. v;—*Conferencias de Phocion*, II;—*Observaciones sobre la historia de la Grecia*, lib. IX.

tituciones. ¡Singular libertad la que, según la expresión de Rousseau, se traduce por una *coacción absoluta!* Mably abunda en esas ilusiones; celebra todo lo que se hacía en Esparta; quiere que los pueblos modernos lo imiten todo, que dejen á un lado su comercio y su industria, que hagan uso de la moneda de hierro y que vivan aislados y pobres (1). De esta manera, ni desarrollo intelectual, ni desarrollo material, ni relaciones comerciales, ni comunicaciones de ninguna especie. Ese pretendido ideal vendría á ser el embrutecimiento, la muerte de la inteligencia y del alma.

Mably y Rousseau no encontraron muchos partidarios de la salsa negra; pero si la pobreza espartana no tentó al siglo XVIII, otra cosa fué la libertad tal cual se la conocía en las repúblicas antiguas. Todo el mundo se enamoraba de ella, hasta los padres jesuitas, en cuya *Historia de Roma*, dedicada á Luis XV, se lee un elogio entusiasta de la constitución romana. "Cada ciudadano tenía allí parte en el gobierno público; la libertad hacía que todos los corazones se aliasen á todos los intereses, y los hombres del estado llano miraban los negocios del Estado como propios; todo ciudadano, aun cuando fuese plebeyo, se creía superior á los más poderosos monarcas." Los reverendos padres no sospechaban que estaban predicando la república á los súbditos de Luis XV. ¿Á qué conducía, en efecto, el culto de la antigüedad? Á idealizar la democracia como la mejor, como la única forma legítima de gobierno. Mil pruebas podríamos aducir de la predilección que los admiradores de la antigüedad tenían por la república; pero por no ser demasiado extensos, nos limitaremos á citar á Maquiavelo, el príncipe de los escritores políticos que proceden de Roma.

El siglo XV era idólatra de la antigüedad, pero aquel culto se limitaba á las letras y á las artes. Maquiavelo reprende á sus contemporáneos, porque no piensan en imitar lo más perfecto que hay entre los antiguos, sus repúblicas: "Cuando yo considero, dice, el respeto que se profesa á la antigüedad, cuando veo con frecuencia comprar á gran precio, por no citar otros ejemplos, un fragmento de alguna antigua estatua para conservarla, para hacerla ornato de la casa y para que hagan por imitarla

cuantos aman las artes; cuando veo en seguida á los artistas poner todo su estudio en copiarla, y cuando, por otra parte, veo en la historia realizados por la antigüedad los actos más sublimes de virtud, más bien admirados que imitados, ¿y qué digo? desdeñados hasta tal punto que no queda en nadie vestigio alguno de aquella antigua virtud, no puedo prescindir de asombrarme y de llorar. Tengo tanto más motivo para ello, porque veo que se invoca la antigüedad en muchas materias, tales como la medicina y las leyes civiles, y cuando se trata de constituir las repúblicas, de conservar los Estados, de gobernar los reinos y de acrecentar los imperios, no se encuentra ni príncipe, ni república, ni ciudadano que quiera recurrir á los ejemplos de la antigüedad."

Maquiavelo se pregunta cuál es la causa de esa inconsecuencia del espíritu humano, y culpa de ella á la educación. Estaba ésta dirigida por la Iglesia, y sabido es que Maquiavelo no era de la opinión de los modernos apologistas; lejos de pensar que el catolicismo fuese la religión de la libertad, estaba más bien dispuesto á creer que el catolicismo era incompatible con la libertad. Maquiavelo añade que la ignorancia entra por mucho en la indiferencia de los hombres á las lecciones que ofrece la antigüedad. Se lee la historia para distraerse y sin ánimo de buscar en ella una enseñanza. Hay, además, en los ánimos un singular abatimiento; se cree que la imitación de la antigüedad es imposible, como si el cielo, el sol, los elementos y los hombres hubiesen cambiado de movimiento, de relación y de fuerza, y como si no fuesen hoy los mismos que en otro tiempo. Maquiavelo escribió sus *Discursos sobre Tito Livio* para excitar á los hombres á sacudir aquella pereza (1).

Maquiavelo dice, como Rousseau, que hay que imitar á los antiguos; esta es, á su entender, una condición de salud. Se desfoga en alabanzas á los Romanos, prodigando en cambio mil censuras contra el siglo en que vive: "Si la virtud, dice, que reinaba en aquel tiempo y el vicio que lo mancha todo en nuestros días no fuesen más evidentes que la claridad del sol, yo hablaría con más comedimiento; pero la cosa es tan manifiesta que salta á los ojos. Me atreveré, pues, á decir, sin rodeos todo

(1) MABLY, *de la Legislación ó Principios de las leyes*, libro I, capítulo I; lib. II, c. I.

(1) MAQUIAVELO, *Discurso sobre la primera década de Tito Livio*, lib. I, en el principio.

(1) ROUSSEAU, *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*, capítulo II.

lo que pienso de aquellos tiempos y de los nuestros, á fin de que los jóvenes que lean mis escritos puedan apartarse del ejemplo que ofrecen los unos é imitar el de los otros, siempre y cuando la fortuna les presente ocasion para ello „ (1). Y ¿qué es lo que hay que imitar de los antiguos? La república ante todo. Maquiavelo no oculta sus simpatías por los gobiernos democráticos. La historia acredita: dice él, que un Estado no aumenta en riqueza y en poder sino bajo un gobierno libre, y que el bien general no es procurado más que en los Estados populares: “Cada ciudadano se afana por adquirir y aumentar una fortuna que está seguro de conservar, y todos á la envidia trabajan en el bien general por lo mismo que se ocupan de su provecho particular. Lo contrario sucede bajo el gobierno de un rey; frecuentemente el interes particular está allí en oposicion con el del Estado. De este modo, cuando un pueblo libre se ve subyugado, el menor mal que le puede sobrevenir es el de estacionarse en sus progresos y no acrecentar ni su riqueza ni su poder; lo más frecuente es que vaya decayendo „ (2).

En esas palabras hay una profunda verdad; de ella eran una prueba palpitante las ciudades italianas. El egoismo constituye la esencia del gobierno monárquico y corrompe todo lo que toca, sobre todo en la monarquía absoluta. Pero ¿la república no puede ser tambien absoluta? ¿Qué es, en definitiva, la libertad democrática, de la que Maquiavelo es tan entusiasta? Es la libertad de los antiguos, es decir, la igualdad. El mismo gran político nos va á decir si están ó no á salvo los derechos de los ciudadanos en su Estado popular. No hay libertad sin igualdad: hé aquí la máxima fundamental de Maquiavelo. Y ¿qué se necesita para que reine la igualdad? Desterrar de la república á todos aquellos que son enemigos de la igualdad: es necesario *anularlos á todos*, dice en términos enérgicos el publicista italiano. Y no es una simple teoría la que plantea: “Para fundar una república en Milan, añade, donde reina una gran desigualdad entre los ciudadanos, sería necesario destruir toda la nobleza y hacerla pasar por el nivel de la igualdad „ (3).

(1) MAQUIAVELO, *Discurso de Tito Livio*, segunda década, Prefacio.

(2) MAQUIAVELO, *Discurso sobre Tito Livio*, lib. II, c. II.

(3) MAQUIAVELO, *Discurso sobre Tito Livio*, lib. I, c. LXV; — *Discurso sobre la reforma de la constitucion de Florencia*.

Hé aquí las ideas del 95 acerca de la aristocracia. Cuando Sieyès quería expulsar á todos los nobles, era, sin sospecharlo, discípulo de Maquiavelo; y si realmente no hay libertad sin igualdad, hay que decir que los demócratas tienen razon en desterrar de su república á los aristócratas. Pero ¿se limitarán á la nobleza? ¿No compromete tambien la riqueza la igualdad tanto como los privilegios de la sangre? Maquiavelo conviene en ello, y llama nobles á todos los que viven sin hacer nada con el producto de sus fincas, á todos aquellos que no se dedican ni á la agricultura ni á oficio ó profesion alguna. Hay, pues, que desterrar á todos los que viven de rentas (1). Confesemos que la expulsion de todos los ciudadanos que, por medio de su trabajo, han adquirido riquezas es un singular medio de acrecentar la riqueza y el poder del Estado. Esto sin hablar de la libertad: ¿de qué libertad se puede tratar en una sociedad que arroja de su seno á todos los que se enriquecen? Si la riqueza ofende la igualdad, el talento y la virtud, ¿no pueden tambien excitar la envidia, los celos y el temor? ¿Habrà que desterrar á Aristides porque es justo, y dar la cicuta á Sócrates porque corrompe la juventud! Es inútil proseguir en nuestras suposiciones. Pero desgraciadamente esas no son hipótesis; es la historia de Grecia y de Roma: por de pronto lucha entre el pueblo y la aristocracia de raza; vencida la nobleza, destruida ó desterrada; despues guerra de los pobres contra los ricos, dissolution de las ciudades, tiranía ó cesarismo, decadencia y muerte. La Italia con sus brillantes ciudades repitió esa triste experiencia, que vale la pena de que sea meditada por la democracia moderna. Si se obstina en buscar la libertad en la igualdad, conducirá á los pueblos al abismo donde han perecido las repúblicas de Grecia, de Roma y de Italia; renacerá la era de los Césares, es decir, la era del despotismo y de la decrepitud, y ni siquiera se tendrá el derecho de maldecir á los Césares, porque el cesarismo es el imperio de la fuerza, y cuando la lucha de los pobres contra los ricos ha destruido todos los vinculos sociales, cuando la anarquía amenaza acabar con la vida que resta á las naciones, el instinto de la conservacion las lleva á invocar la fuerza, porque ésta es el único medio de impedir que perezca la sociedad. Que

(1) MAQUIAVELO, *Discurso sobre Tito Livio*, lib. I, c. LV.

los demócratas piensen bien en ello: ellos son los precursores de César (a).

§ II.—Escuela liberal.

N.º 1.—Montesquieu.

“Montesquieu, dice Voltaire, ha recordado en todas partes á los hombres que son libres, y ofrece á la naturaleza humana sus títulos, que en la mayor parte de la tierra se habian perdido „ (1). Se dice que el elogio es exagerado. En cierto sentido es verdad que Montesquieu ha encontrado los títulos del género humano; pero es necesario añadir que no siempre se atrevió á hacerlos valer. Agradecámosle lo que ha hecho y saquemos partido de sus debilidades, no para imitarlas, sino para atrevernos á más que él. Cuando se ha encontrado la verdad, es un deber proclamarla enérgicamente, sin contemplación alguna á las preocupaciones. Montesquieu ha visto la verdad en la gran cuestion que nos ocupa, y Voltaire tiene razon en decir que ese es su título de gloria. Pero el autor del *Espíritu de las leyes* era historiador más bien que filósofo; como historiador, buscaba la razon de ser de todas las instituciones que encontraba á su paso, lo cual le conducia fácilmente á justificarlas; ese es el mismo escollo en que tropezó Aristóteles cuando trató de legitimar la esclavitud. Montesquieu es de la misma familia, y esa es la causa de su debilidad, pero tambien es el principio de su fama.

Hemos dicho cuál fué el error que extravió á la Revolucion, la cual confundió la libertad con la soberanía y con la igualdad del poder, que desde entonces se colocó en la pendiente del despotismo, adonde vino á caer. Si se hubiese inspirado en Montesquieu más bien que en Rousseau, hubiese evitado ese escollo. Comienza aquél por decir que los hombres aplican ideas bien contradictorias á la palabra libertad. Lo que era cierto en el siglo XVIII lo es tambien actualmente, y se pudiera añadir, sin excesiva maledicencia, que para la mayor parte de los que tienen la voz de libertad en la boca no es

(a) Paréceme que he puesto ya correctivo á esa inculpacion, tan injusta como errónea. Los precursores de los Césares no son los demócratas, no; son los que no creen más que en sí mismos y pretenden dominar á los demas por juro de heredad ó por creerse más sabios, más hábiles ó más fuertes que los demas.—(N. del T.)

(1) VOLTAIRE, *Ideas republicanas*, LI (Obras, t. XXVI, p. 206).

más que una palabra. Hay, dice Montesquieu, quienes llaman libertad á la facilidad de destituir aquel á quien habian dado un poder tiránico; pero si conservan la tiranía, ¿serán más libres porque destituyan al tirano? Otros entienden que la libertad consiste en la facultad de elegir aquel á quien deben obedecer; pero si una vez elegido le deben obediencia en todo, no veo que ese tirano electivo pueda ser más favorable á la libertad que el tirano hereditario. Montesquieu prosigue, burlándose al paso de cierto pueblo que, durante largo tiempo, tomó la libertad por el uso de llevar una larga barba; y seguramente los Moscovitas hacian muy mal en creerse libres sólo por llevar barbas largas, pero no hicieron mal en acusar de despotismo al czar Pedro cuando les obligó á cortárselas. Un error más extendido es el que fija la libertad en una determinada forma de gobierno, lo cual ha venido á hacerse un axioma para los que viven en las repúblicas. Montesquieu encuentra una explicacion á ese hecho, que tiene, en efecto, su razon de ser: “Como en las repúblicas no se tienen siempre ante los ojos, y de una manera tan visible, los instrumentos de los males de que los hombres se quejan, y como en ellas hablan más las leyes que sus ejecutores, se fija ordinariamente la libertad en las repúblicas y se la excluye de las monarquías „ Hay otra razon por la cual la democracia parece que es el gobierno propio de la libertad, y es la de que el pueblo cree hacer en él todo lo que se le antoja, lo cual conduce al fatal error de que se confunda el poder del pueblo con la libertad del pueblo (1).

Montesquieu no admite que la libertad consista en la soberanía, como sucedía en las repúblicas antiguas que Maquiavelo echa tanto de ménos y de las que la Francia fué idólatra durante su revolucion. En realidad, es el despotismo bajo el nombre de libertad, porque el pueblo, creyéndose libre en razon del poder que ejerce, cuanto más poder tenga más libre se creará, y el ideal de la libertad consistirá en el ejercicio de la omnipotencia por la nacion soberana. Oigamos al *Espíritu de las leyes* acerca de este funesto error: “Todo estará perdido si el mismo hombre ó una misma corporacion de próceres ó de nobles ó del pueblo llega á ejercer los tres poderes: el de hacer las leyes, el de ejecutarlas y el de administrar justicia „ Montesquieu

(1) MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, lib. XI, c. II.